

1

Olivia

La cabeza me da vueltas, aunque no recuerdo el nombre de la bebida que Shawna ha pedido para todas. Solo sé que es deliciosa. ¡Y que se sube de una manera increíble! ¡Dios mío!

—¿Cuándo llega el *boy*? ¡Ya estoy preparada para él! —grita Ginger.

Ginger es mi compañera en el bar deportivo de Tad, en Salt Springs, Georgia. Ella es una camarera alocada a la que le resulta imposible mantenerse callada. Su personalidad habitual ya acostumbra a ser muy exuberante, pero en una ciudad donde nadie la conoce, como es Atlanta, se transforma en una fiera. Una tigresa incontrolable.

Me mira y sonrío. Su pelo teñido de rubio se ve amarillo en la tenue oscuridad y sus ojos azules brillan de una manera diabólica... lo que me hace sospechar al instante.

—¿Qué pasa? —pregunto intrigada.

—He hablado con el gerente para que le indique al *boy* que se asegure de que Shawna tiene que ayudarlo a desnudarse —me confiesa con una risita tan contagiosa que no puedo evitar reírme también. Es un caso.

—¡Ryan la matará si se entera de que ha desnudado a otro hombre! Da igual que sea en su despedida de soltera.

—Jamás lo sabrá. Lo que queda en un reservado, ocurre en el reservado —argumenta con la voz gangosa.

—¿No querrás decir que lo que ocurre en un reservado se queda en el reservado?

—Eso es lo que he dicho.

—Ah, si tú lo dices... —Me río por lo bajo.

La observo tomar otro trago más del combinado. Yo, sin embargo, prefiero pasarme al agua; alguien tiene que mantenerse sereno y me ha tocado a mí. De todas maneras, esa es la noche de Shawna. Yo quiero que su vida de casada comience de la mejor manera posible y dudo mucho que eso incluya tener que llevarme a casa o limpiarse los zapatos de vómito.

Un golpe en la puerta del reservado nos hace mirar a todas en esa dirección. Las chicas comienzan a reírse, gritar y jalear.

«Espero que sea el *boy* y no un poli», pienso para mis adentros.

Cuando se abre la puerta, entra el hombre más guapo que he visto nunca. Es un tipo muy alto y con la constitución de un jugador de fútbol americano: pecho y hombros muy anchos, brazos y piernas musculosos, caderas estrechas. Calculo que debe tener unos veinticinco años. Va vestido de negro de pies a cabeza, pero lo más impresionante de todo es su rostro.

«¡Joder! ¡Qué bueno está!».

El pelo bien cortado es castaño claro y sus rasgos perfectos y cincelados. No puedo distinguir de qué color son sus ojos mientras él revisa la salita, pero intuyo que son oscuros. Acaba de abrir la boca para hablar cuando su mirada

se clava en mí. Sus pupilas parecen enredarse con las mías mientras me mira fijamente.

Estoy fascinada. Todavía no he logrado determinar el color de sus iris, pero las pupilas se ven casi negras. Incluso con la luz que entra desde el pasillo a través de la puerta abierta, parecen charcos de tinta. Lo veo ladear la cabeza mientras me observa.

Me siento nerviosa... y excitada, aunque no sé por qué. No tengo razones para sentirme así, pero es lo que pasa. Es él quien hace que me sienta nerviosa, enervada... anhelante.

Todavía seguimos mirándonos cuando Ginger se levanta y le empuja para que entre en la habitación, cerrando la puerta a su espalda.

—¡Venga, Shawna! ¡Tienes que despedirte de manera adecuada de tu vida de soltera!

Las demás chicas comienzan a lanzar grititos agudos y a animarla con aplausos. Shawna sonríe al tiempo que se niega, meneando la cabeza.

—¡De eso nada! ¡No pienso hacerlo! —Las damas de honor se ponen muy pesadas y dos de ellas se acercan para tirarle de las manos y obligarla a ponerse en pie.

Ella intenta zafarse mientras sacude la cabeza con violencia.

—No, no... ¡No! No quiero hacerlo. ¡Lo hará una de vosotras!

Se retuerce para liberarse, pero las chicas la tienen bien sujeta. Cuando me mira, leo en sus ojos castaños todo lo que necesito saber; está aterrorizada por la idea.

—¡Liv, ayúdame! —me grita. Me encojo de hombros como preguntándole qué quiere que haga y ella señala con la cabeza al impresionante espécimen que hay detrás de Ginger—. Hazlo tú.

—¿Te has vuelto loca? ¿Cómo voy a desnudar yo al *boy*?

—¡Por favor! Sabes que haría lo mismo por ti.

Y es cierto, ¡maldita sea!

«¿Cómo demonios se las arregla la chica más tímida y torpe del mundo para que siempre le ocurra esto?».

Y como tantas otras veces, me respondo para mis adentros:

«¡Porque permites que ocurra!».

Respiro hondo, me levanto y giro hacia aquel monumento humano mientras alzo la barbilla un poco más. Él sigue observándome con aquella mirada ardiente.

Cuando avanzo un paso lo veo arquear la ceja muy despacio y un ardiente sofoco me atraviesa.

«Esto es cosa del combinado. Tiene que ser culpa del alcohol».

Siento que me arden las mejillas y se me entrecorta la respiración, pero doy otro paso más.

El tío bueno se mueve a un lado y se gira ligeramente para quedarse justo enfrente de mí. Cruza los brazos sobre el pecho y espera, con la ceja todavía arqueada, mirándome con curiosidad. No va a ponerme las cosas fáciles. Está dejando que tome la iniciativa, como Ginger pidió al gerente.

En ese preciso momento la música que ha estado sonando por los altavoces durante toda la noche aumenta de volumen. Era una canción erótica, sensual y lenta. Estoy segura de que se trata de música de ambiente, pero parece marcar cada pesado latido de mi corazón mientras me acerco más y más a aquellos ojos de mirada aterciopelada.

Al detenerme frente a él, tengo que alzar la mirada. Mi apenas metro sesenta y cinco queda unos treinta centímetros por debajo que su imponente altura.

Ahora que estoy más cerca, observo que tiene los ojos castaños. De un tono marrón muy oscuro, casi negros.

«Pecaminosos».

Me pierdo en ellos al tiempo que me pregunto por qué ha venido a mi mente esa palabra en particular. Las chicas comienzan a gritar que se quite la camiseta. Insegura, recorro con la mirada sus caras llenas de emoción antes de volver a mirarle a él.

Veo cómo abre los brazos lentamente, separándolos del cuerpo, mientras curva los labios con ironía. Está lanzándome un reto tanto con su expresión como con su lenguaje corporal.

Me doy cuenta de que está seguro de que no lo haré y es evidente que todas piensan lo mismo que él.

Esa es justo la razón por la que voy a hacerlo.

Me concentro en la música para relajar mis músculos tensos y sonrío mientras cierro el puño sobre la camiseta negra antes de sacársela de la cinturilla de los pantalones.

2

Cash

«¡Joder, es preciosa!».

Al ver a aquella chica de pelo negro, con aquellos ojos brillantes —estoy seguro de que son verdes—, menuda y absolutamente deliciosa, deseo quedarme a solas con ella en la habitación.

No he dejado de sonreír mientras recorre mi cintura con las manos para liberar la camiseta. Cuando lo consigue, empieza a subirla.

De pronto se detiene. La veo vacilar durante un instante, pero ella quiere demostrar que está muy segura de lo que hace.

Miro fijamente aquellos ojos líquidos. No quiero que se detenga, deseo sentir sus manos en mi piel, así que la he retado, esperando despertar a la salvaje tigresa que, estoy seguro, lleva en lo más profundo de su interior.

—¡Oh, venga! ¿Esto es todo lo que vas a hacer? —susurro.

Sus ojos se clavan en los míos y contengo el aliento, esperando a ver qué parte de ella sale victoriosa. Fascinado,

observo cómo el poder se equilibra y el cambio se refleja en sus pupilas, que brillan un poco más; con determinación. Jamás he visto a nadie armarse de valor de esa manera, con tanta decisión. Esta chica posee un coraje increíble, se enfrenta al reto con una valentía digna de elogio. Y resulta sumamente erótico.

Ella mantiene sus ojos clavados en los míos mientras levanta la camiseta. Se inclina hacia mí y su perfume inunda mis fosas nasales. Es dulce y algo almizclado. Sexy, igual que ella.

La veo acercarse más a mí y ponerse de puntillas para pasarme la prenda por la cabeza. Puedo sentir sus pechos contra mi torso. Podría habérselo puesto más fácil, pero no quiero. Me gusta sentirla contra mí y no pienso privarme de ello.

Una vez que me despoja de la camiseta, da un paso atrás y me mira de arriba abajo. Es tímida y resulta muy evidente; como si quisiera estudiarme pero le avergonzara un poco, lo cual resulta sumamente atrayente por alguna razón que no alcanzo a comprender. Estoy seguro de que todos los ojos de la estancia están clavados en nosotros, observándonos, pero los de ella son los únicos que siento. Son como lenguas de fuego que me lamen la piel. Abrasadores y perceptibles, o al menos así los percibo.

La veo respirar hondo y mirarme el estómago. Entonces los baja un poco más y los clava en ese punto durante más tiempo del que debería, pero no tanto como yo quisiera que lo hiciera.

Empieza a ponérseme dura.

Ella abre los ojos de par en par y separa los labios lo justo para humedecérselos con la punta de la lengua. Tengo que apretar los dientes para no estrecharla entre mis brazos y apoderarme de su boca.

De pronto, la estancia se ilumina lo justo para romper el hechizo.

Escucho la voz de un hombre, un tipo muy enfadado.

—Tío, ¿qué cojones ocurre aquí? —Es Jason y sé por qué está enfadado.

No es fácil dejar de mirarla. Hay en sus ojos un anhelo tímido y renuente que me impulsa a saber hasta dónde puedo empujarla, pero no lo hago. No la presiono más. Alejo la vista de ella y giro la cabeza para observar primero a Jason y luego a las chicas que me miran babeantes. La fiesta se ha acabado.

«¡Mierda, ahora que empezaba a ser divertido!».

Sonrío a todas aquellas caras.

—Señoritas, os presento a Jason. Será él quien os entretenga esta noche.

Ellas miran cómo el chico cierra la puerta y pasa junto a mí. Él estudia a la chica que sostiene mi camiseta; parece perpleja, lo que no es de extrañar en absoluto.

—¿Cómo que será él quién nos entretenga esta noche?

—pregunta ella, clavando sus confundidos ojos en mí.

No le respondo de inmediato; dejo que ella saque sus propias conclusiones.

La veo mirar a Jason, intentando dar sentido en su mente a lo que acaba de ocurrir.

—Bien, ¿quién de todas estas hermosas mujeres es la que va a casarse? —pregunta Jason.

Sé en qué momento exactamente lo comprende todo. Ha vuelto a abrir mucho los ojos e, incluso con aquella luz tenue, veo que se le encienden las mejillas.

Ella se vuelve hacia a mí con el ceño fruncido.

—Si este hombre es el *boy*, ¿quién eres tú?

—Soy Cash Davenport, el dueño del club.

3

Olivia

No puedo evitar quedarme mirando boquiabierto al dueño del club. Lucho contra el deseo de meterme debajo de una mesa. Jamás me he sentido más avergonzada en mi vida.

Escucho que las chicas rodean a Jason como gallinas cluecas, pero apenas soy consciente de ello. Cada pedazo de mi intelecto está concentrado en el hombre que tengo enfrente.

De pronto me siento irritada.

—¿Por qué me has dejado hacer esto? ¿Por qué no has dicho nada?

Él sonríe. ¡Sonríe! ¡Maldito sea! Me pierdo por un segundo en aquella sonrisa increíble, pero al instante la humillación eclipsa por completo el encandilamiento.

—¿Por qué iba a hacerlo, si que tú me desnudaras resultaba muy divertido?

—Mmm... Porque, para empezar, resulta muy poco profesional.

—¿Por qué lo dices? Habéis pedido un pase privado con un *boy*, ¿qué más da quién sea?

—No se trata de eso. Me has engañado a propósito.

Él se ríe entre dientes... de mí. ¡Qué morro! ¡Maldito sea!

—No recuerdo que me pidierais que enviara un *boy* que no mintiera, sino uno complaciente.

Aprieto los labios. Este hombre es desesperante.

Lo miro mientras cruza los brazos como si tal cosa; como si no estuviera frente a mí sin camiseta. El movimiento hace que me fije en sus pectorales, perfectamente musculados, y en el tatuaje que cubre uno de ellos. No soy capaz de ver qué representaba, pero se extiende también por el hombro izquierdo como unos dedos largos y afilados.

Él se aclara la voz, haciendo que le mire a la cara. Su sonrisa es todavía más amplia y yo frunzo el ceño con más intensidad. No puedo pensar con claridad si lo tengo delante medio desnudo. Resulta demasiado desconcertante.

—¿No crees que deberías vestirme?

—Lo haría si me devolvieras la camiseta.

Bajo la mirada y clavo los ojos en el puño que apresa la prenda negra. Se la lanzo con irritación y veo cómo la atrapa en el aire.

«¡Joder!».

Lo más extraño de todo es que, a pesar de lo enfurecida que estoy, no sé la razón de ello. Solo que es eso lo que siento.

—Eres una mujer llena de fuego... Quizá debería haberte quitado yo la camiseta a ti en vez de tú a mí —me comenta mientras se la pone.

—¿Cuál habría sido la diferencia?

«Además de que hubiera resultado diez veces más humillante».

Me mira sonriente. Una sonrisa sexy y arrogante que se

extiende por toda su cara, y por la que no quiero verme afectada, aunque no lo puedo evitar.

—La diferencia sería que ahora no estarías enfadada.

Se me seca la boca cuando me imagino la escena que describe: «me quita la camiseta, sus manos sobre mi piel, su cuerpo pegado al mío, sus labios tan cerca que casi puedo saborearlos...». Es suficiente para que se me pase el enfado.

Clavo los ojos en él, boquiabierta —otra vez— y le observo mientras se vuelve a meter la camiseta por la cinturilla. Al acabar, da un paso hacia mí. Me quedo inmóvil, viendo como su amplia sonrisa se convierte en una curva seductora que hace que mis rodillas se vuelvan de gelatina. Me siento perpleja y excitada a la vez cuando se inclina para hablarme al oído.

—Sería mejor que cerraras los labios antes de que me sienta tentado a besarlos y darte algo que realmente te excite y te sorprenda.

Me quedo sin respiración. Escandalizada; pero no es por su declaración, sino porque en realidad quiero que lo haga. Siento mariposas en el estómago solo de pensar en ello.

Él se incorpora y me mira. No sé muy bien el porqué, pero aprieto los labios.

¡Maldito sea! ¡Se ha dado cuenta!

Noto cierta decepción en su expresión, algo que me complace mucho.

—Quizá la próxima vez —dice con un gruñido al tiempo que se aclara la voz. Da un paso atrás y mira hacia la izquierda—. Señoritas... —dice, despidiéndose con un gesto de cabeza. Ellas no le miran siquiera; están concentradas en la manera en que Jason juega con Shawna, ya medio desnudo. Entonces me mira y se despide también de mí con una expresión absolutamente sureña—. Señorita...

Luego vuelve a inclinar la cabeza antes de darse la vuelta, abrir la puerta y salir, cerrándola desde el pasillo.

Jamás me he sentido tan tentada a perseguir a alguien.

Abro ligeramente los párpados esperando sentir como si se me clavaran unos cuchillos en la cabeza, pero los brillantes rayos de sol de septiembre que entran por la ventana no resultan dolorosos. Por extraño que resulte no tengo resaca, algo que agradezco con todas mis fuerzas.

Lo que sí resulta doloroso es recordar la humillación que sufrí la noche anterior, pienso mientras la imagen del guapísimo propietario del club, Cash, inunda mi mente. Ruedo sobre mí misma y entierro la cara en la almohada cuando los detalles se apoderan de mis pensamientos; la alta y corpulenta figura, la cara perfectamente esculpida, una sonrisa de infarto...

«¡Dios! ¡Qué bueno está!».

Incluso ahora deseo que me hubiera besado. Es ridículo, pero eso podría haber convertido la debacle en algo menos... malo.

Me castigo a mí misma poniéndome otra vez boca arriba y clavo los ojos en el techo. Soy lo suficientemente lista como para saber cuándo tengo una debilidad. Eso y la manera en que se me acelera el pulso cuando pienso en aquellos ojos oscuros retándome a que le desnude, la forma en la que me excito cuando pienso en sus labios cerca de los míos... Sin duda es una suerte que no vaya a volver a verle. Es lo único que me falta, volver a enamorarme de un chico malo.

Como siempre que pienso en relaciones que terminan en desastre me acuerdo de Gabe. Este hombre me lo recuerda mucho; creído, sexy, encantador, rebelde, indomable...

Un auténtico rompecorazones.

Aprieto los dientes y me levanto de la cama para ir al baño. Me obligo a dejar de pensar en Gabe; me niego a prestarle atención ni un solo segundo más.

Después de lavarme la cara con agua fría, comienzo a sentirme casi humana, así que me dirijo a la cocina. No presto demasiada atención a los elegantes muebles de diseño y a las obras de arte mientras atravieso la sala. Dos semanas después de que se largara mi compañera de piso, tuve que mudarme a vivir con mi prima Marissa. Por fin sé cómo vive la mitad más privilegiada.

«Bueno, casi...», pienso mientras me detengo a mirar el reloj de dos mil dólares que cuelga en la pared.

Son casi las once. Me siento un poco irritada conmigo misma por haber dormido durante casi todo mi día de descanso, así que me muestro irritable y gruñona cuando entro en la cocina. Ver a Marissa sentada en la isleta central, con las largas piernas cruzadas mientras mira a un tipo que ocupa un taburete ante ella, no sirve precisamente para mejorar mi humor.

Clavo los ojos en la espalda, en los anchos hombros embutidos en una camiseta blanca y en el pelo castaño claro. Por un segundo considero lo que llevo puesto, unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, y el aspecto que presento; despeinada, con los ojos somnolientos y el rimel corrido. Me planteo regresar a mi habitación, pero la oportunidad desaparece cuando Marissa me ve.

—¡Buenos días, Bella Durmiente! —me saluda sonriente.

Al instante me pongo en guardia.

Para empezar, Marissa jamás ha sido amable conmigo. Nunca. Es lo que llamo la pija perfecta: mimada, esnob y sarcástica. Si hubiera tenido otra opción para tener un techo

sobre mi cabeza, la hubiera elegido. No es que no le esté agradecida, lo estoy, y de hecho le muestro parte de esa gratitud pagándole una parte del alquiler —aunque ella no es quien lo paga, sino su padre—, y conteniéndome para no estranglarla mientras duerme. Creo que ese es un buen detalle por mi parte.

—¿Buenos días? —respondo con la voz ronca e insegura.

Los anchos hombros que hay ante Marissa se mueven y la cabeza de pelo castaño claro se vuelve hacia mí. Unos pecaminosos ojos de color oscuro me dejan clavada en el sitio y me hacen contener la respiración.

Es Cash. El propietario del club en el que hemos estado la noche anterior.

Le miro boquiabierta mientras me da un vuelco el corazón. Me siento sorprendida y avergonzada, pero por encima de todo pienso que todavía es más guapo a la luz del día. No me queda más remedio que reconocer que la reacción que tuve ante él no fue producto del alcohol que bebí ni de haberle quitado la camiseta.

Es evidente que no tiene nada que ver con ello.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto jadeante.

—¿Perdón? —me responde con el ceño fruncido.

Veo que él mira a Marissa antes de volver los ojos hacia mí.

—Espera, espera —me dice Marissa en un tono frío que ha perdido por completo la calidez anterior—. Nash, ¿la conoces?

«¿Nash? ¿Era el novio de Marissa?».

No sé qué decir. Mi obnubilada mente tiene muchas dificultades para encajar las piezas del acertijo.

—No, que yo sepa —responde aquel hombre con una mirada inexpresiva.

Una vez que me doy cuenta de lo que ocurre, la confusión y la vergüenza dan paso a la cólera y la indignación. Si hay algo que odie más que a un tramposo, es a un mentiroso. La gente que miente me irrita y me pone furiosa.

Sin embargo, recurro a la razón y contengo mi temperamento. Lo cierto es que solo necesito un pequeño esfuerzo para mantener la calma, producto de llevar toda la vida tragándome las emociones.

—Oh, ¿de veras? ¿Sueles olvidar de una manera tan conveniente a las mujeres que te dejan medio desnudo?

Noto que en sus ojos aparece un brillo de diversión. ¿Está riéndose de mí?

—Créeme, creo que me acordaría de eso.

Marissa salta de la isleta y adopta una pose beligerante, con las manos en las caderas y los brazos en jarras.

—¿De qué demonios hablas?

Jamás me ha gustado provocar problemas en una pareja; lo que cada cual hace y dice a su novio es asunto suyo, pero en esta ocasión es diferente. No sé muy bien por qué, pero lo es.

«Quizá porque ella es mi prima».

Aunque entre Marissa y yo no existe demasiado aprecio... Lo que hace que otro pensamiento flote en mi mente, uno que dice que estoy molesta por haber sido tan fácilmente olvidada por el tipo en el que he pensado en cuanto me he despertado, aunque lo desecho con determinación tildándolo de ridículo antes de seguir adelante.

Lo primero que hago es dirigirme a Marissa.

—Bueno, *tu* Nash apareció ayer en la despedida de soltera de Shawna y fingió ser el dueño de un club llamado Cash.

—Después miro al impostor y, por mucho que lo intento, no puedo contener la ironía—. Y tú, ¿en qué estabas pen-

sando? Por favor... ¿Cash y Nash? ¿No crees que deberías haber sido un poco más original? ¿Es que piensas que tienes cuatro años?

Espero que Marissa se enfade lo suficiente como para conseguir que ese tipejo se arrepienta de haber montado aquella charada. Aunque también podría intentar escaquearse y mentir, negando lo que ha hecho. Pero no ocurre nada de eso.

Los dos empiezan a reírse.

Que les mire confundida solo intensifica su diversión, lo que hace que me enfade en consecuencia.

Es él quien toma la palabra.

—Imagino que Marissa no ha llegado a mencionarte en ningún momento que tengo un hermano gemelo, ¿verdad?